

## ¿Historia Para Qué?

Lic. Leonor Ortiz Monasterio

Directora General del Archivo General de la Nación



Los sucesos ocurridos en Chiapas, a partir del 10. de enero de 1994, han provocado una tormenta de artículos, comentarios y conversaciones en relación a ellos: su origen, sus causas, su interpretación y solución.

En el centro de esta tormenta, encontramos una abundante reflexión sobre la historia de esta región y, en especial, en el pasado de los indígenas que la habitan.

Los comunicados del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), en varias ocasiones han hecho alusión al proceso de conquista realizada por los españoles, hace ya casi 500 años, y a la dominación que vienen sufriendo desde entonces; las declaraciones oficiales reconocen —entre las causas del conflicto— hechos y acciones del pasado; por último, la mayoría de los escritores que abordan el tema han

basado su análisis en el pasado, ya sea lejano o mediato.

Dicho de otra manera, la Historia —con mayúscula— se encuentra en el centro de un conflicto que ha conmovido a todos los mexicanos y cuyo modo de solución marcará al país en los próximos años.

Ante este llevar y traer la historia en periódicos, revistas, declaraciones y entrevistas, recordé una publicación elaborada por el Archivo General de la Nación, bajo la coordinación de la doctora Alejandra Moreno Toscano, en ese tiempo directora del mismo, titulada: *¿Historia para qué?*

La coordinadora explica las razones que motivaron la realización de esa obra de la siguiente manera: “Enfrentados a la tarea de ordenar toneladas de polvo de los tiempos, quienes colaboraron entre 1977 y 1980 con el Archivo General de la Nación, conocieron el entusiasmo, la rutina y algunas veces la franca desesperanza. En muchas ocasiones se planteó la duda: ¿y para qué va a servir todo esto? Esa y otras preguntas semejantes no sólo cuestionaban la función y el papel de los archivos: planteaban también problemas acerca del sentido y la función de la historia”.

De esta preocupación surgió una interesante —y yo diría importante— colección de ensayos, escritos por: Carlos Pereyra, Luis Villoro, Luis González, José Joaquín Blanco, Enrique Florescano, Arnaldo Córdova, Héctor Aguilar Camín, Carlos Monsiváis, Adolfo Gilly y Guillermo Bonfil Batalla, respondiendo todos ellos a la pregunta *¿Historia para qué?* Su relectura me hizo pensar en lo pertinaz de la pregunta y, por supuesto, en la actualidad de las respuestas.

Los autores que participaron en la obra *¿Historia para qué?* analizan el problema desde distintos puntos de vista y parten de sus propias disciplinas: la filosofía, la historia, la ciencia política, la literatura y la antropología.

De la lectura de sus textos se desprende, cuando menos, una idea común que puede resumirse en lo dicho por Edward H. Carr: “El pasado nos resulta inteligible a la luz del presente y sólo podemos comprender plenamente el presente a la luz del pasado. Hacer que el hombre pueda comprender la sociedad del pasado, e incrementar su dominio de la sociedad del presente, tal es la doble función de la Historia”.

Cada uno de los autores nos explica con gran

lucidez su idea de la Historia; veamos las opiniones de algunos de ellos. Pereyra afirma: “Ninguna respuesta a las preguntas que hoy pueden formularse respecto a la situación presente es posible en ausencia del saber histórico. Mientras más confusa y caótica aparece una coyuntura dada, como es el caso de ésta que se vive a comienzos de los años ochenta, más contundente es el peso de la investigación histórica en el esfuerzo por despejar tales caos y confusión. Guardar distancia conveniente para no extraviarse en la obsesión de los orígenes, no impide admitir que sólo es posible orientarse en las complicaciones del periodo contemporáneo a partir del más amplio conocimiento del proceso que condujo al mundo tal y como hoy es. Quienes participan en la historia que hoy se hace, están colocados en mejor perspectiva para intervenir en su época, cuanto mayor es la comprensión de su origen...”.

“La función teórica de la Historia (explicar el movimiento anterior de la sociedad) y su función social (organizar el pasado en función de los requerimientos del presente) son complementarias...”.

Luis Villoro escribe: “...la Historia responde al

interés en conocer nuestra situación presente. Porque, aunque no se lo proponga, la Historia cumple una función: la de comprender el presente...”.

“La Historia nacería, pues, de un intento por comprender y explicar el presente, acudiendo a los antecedentes que se presentan como sus condiciones necesarias. En este sentido, la Historia admite que el pasado da razón del presente; pero, a la vez, supone que el pasado sólo se descubre a partir de aquello que explica: el presente. Cualquier explicación empírica debe partir de un conjunto de hechos dados, para inferir de ellos otros hechos que no están presentes, pero que debemos suponer para dar razón de los primeros... De allí que la Historia pueda verse en dos formas: como un intento de explicar el presente a partir de sus antecedentes pasados, o como una empresa de comprender el pasado desde el presente...”.

Más adelante, Villoro analiza la manera de cómo la Historia explica el presente: “La Historia intenta dar razón de nuestro presente concreto; ante él no podemos menos que tener ciertas actitudes y albergar ciertos propósitos; por ello la Historia responde a requerimientos de la vida presente.

Debajo de ella se muestra un doble interés: interés en la realidad, para adecuar a ella nuestra acción, interés en justificar nuestra situación y nuestros proyectos; el primero es un interés general, propio de la especie, el segundo es particular a nuestro grupo, nuestra clase, nuestra comunidad...”.

“Los requerimientos de la vida presente que nos llevan a investigar los antecedentes históricos no son individuales... Las situaciones que nos llevan a hacer Historia rebasan al individuo, plantean necesidades sociales, colectivas, en las que participa un grupo, una clase, una nación, una colectividad cualquiera. Las situaciones presentes que tratamos de explicar con la Historia nos remiten a un contexto que nos trasciende como individuos...”.

Por su parte, Luis González analiza los distintos tipos de historias para concluir que ningún caso se trata del saber por el saber, sino que siempre existe algún fin pragmático: “...Lo difícil es concebir un libro de Historia que sea sólo saber y nos acicate para la acción y alimento para la emoción. Quizá no exista la historia inútil puramente cognoscitiva que no afecte al corazón o a los órganos motores”.

Un intelectual dedicado a las letras, José Joaquín Blanco, añade a las distintas respuestas del ¿para qué de la Historia? el placer que produce escribirla: “...Se hace Historia para avanzar en la interpretación del mundo, para transformar la sociedad, para participar políticamente, para defender principios y causas sociales, para denunciar esto y mejorar aquello y también porque es placentero hacerlo...”.

Pero no deja de reconocer algunos otros motivos que inciden activamente en el presente y en el futuro.

“¿Para qué la Historia, entonces? Está la respuesta pública: para interpretar mejor el mundo, para cambiar la vida, para reconocer raíces y procesos para defender algunas verdades, para denunciar los mecanismos de opresión, para fortalecer luchas libertarias...”.

Enrique Florescano hace notar la diferencia entre el pasado como memoria o conciencia histórica y el pasado como proceso real: “Pero ocurre que el pasado, antes que memoria o conciencia histórica, es un proceso real que determina el presente con independencia de las imágenes, que de ese pasado construyen los

actores contemporáneos de la Historia. Al revés de la interpretación del pasado, que opera desde el presente, la historia real modela el presente desde atrás, con toda la fuerza multiforme y prodigiosa de la totalidad de lo histórico: volcando sobre el presente la carga múltiple de las sedimentaciones acaecidas, transmitiendo la herencia de las relaciones e interacciones del hombre con la naturaleza, prolongando fragmentos o estructuras completas de sistemas económicos y formas de organización social y política de otros tiempos, introduciendo en el presente las experiencias y conocimientos que de su obra ha ido acumulando el hombre en el pasado”.

“... las acciones del hombre forman parte de un sólo proceso que las integra y forma con ellas el tejido del acontecer, la sucesión de hechos pasados ligados con los presentes y futuros. Parte de un sólo proceso, los hechos humanos adquieren, sin embargo, su singularidad y especificidad al manifestarse en el devenir, al ocurrir en tiempos y lugares diferentes que los hacen distintos, irreversibles e irrepetibles”.

Sin embargo, reconoce al igual que los otros autores, que el historiador sólo puede reconstruir el

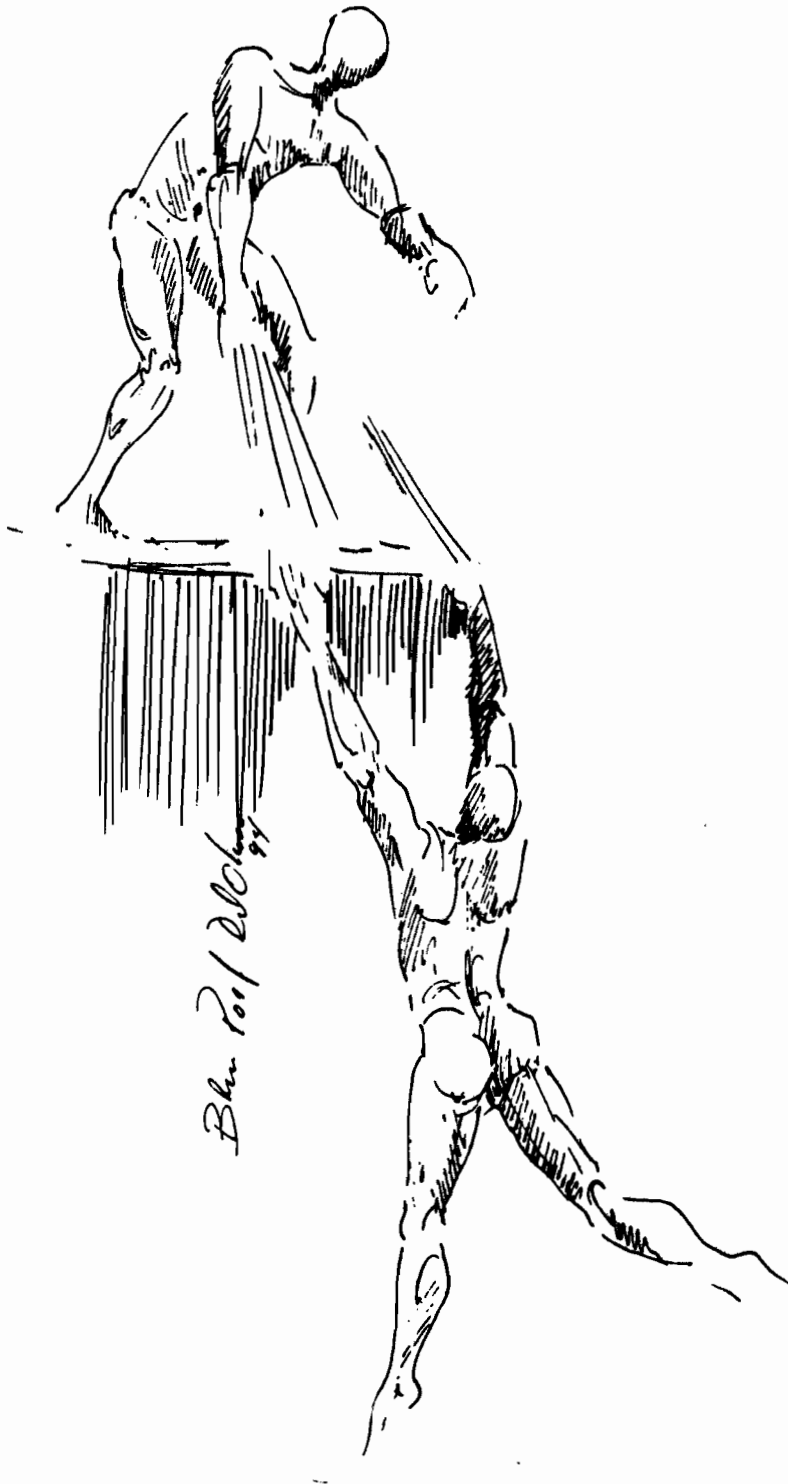
pasado a partir de su presente: “En tanto que la reconstrucción del pasado es una operación que se hace a partir del presente, los intereses de los hombres que deciden y gobiernan ese presente intervienen en la recuperación del pasado... Así, en todo tiempo y lugar la recuperación del pasado, antes que científica, ha sido primordialmente política: una incorporación intencionada y selectiva del pasado lejano e inmediato, adecuada a los intereses del presente, para juntos, modelarlo y obrar sobre el porvenir...”.

El elemento colectivo de la recreación del pasado guía la reflexión de Arnaldo Córdova: “La Historia es, ante todo, memoria del pasado en el presente. Es una recreación colectiva, incluso cuando se la convierte en ciencia, es decir, en explicación, en respuesta a los por qué del presente y en afirmación demostrable o sujeta a comprobación. Es el hogar de la conciencia de un pueblo, el contexto objetivo de su modo de pensar, de sus creencias, de su visión de la realidad, de su ideología, incluso cuando es expresión individual. No hay Historia independiente de la conciencia colectiva del hombre. Por eso la Historia aparece siempre como discusión y reelaboración del pasado; por eso tiende siempre al futuro, como

explicación del pasado, en las formas de la utopía y del mito. De ahí su fuerza como forma que adquiere la conciencia social”.

“... El historiador, en el fondo, escribe lo que su tiempo impone como necesidad y como aspiración en el campo del conocimiento y de las creencias. No antes ni después, sino en el momento preciso que dicta el presente de los tiempos. Según sea la conciencia colectiva, vale decir, el conjunto de ideas y creencias a las que nos debemos, a las que respondemos, por las cuales actuamos o contra las que nos oponemos, así será la historia que recreemos...”.

Héctor Aguilar Camín nos dice: “¿Para qué la Historia? Pueden barajarse infinitas respuestas: Historia para atender las urgencias y preguntas del presente, para afianzar o inventar una identidad y reconquistar continuamente la certeza de un sentido colectivo o personal; historia para dirimir las legitimidades del poder, para imponer o negar la versión de los vencedores, para rescatar o rectificar la de los vencidos. O para el ejemplo de la vida, para el repertorio infinito de la acción. Y al revés: Historia para la contemplación paralizante y demorada, para el goce y la imaginación, para la curiosidad que pregunta



simplemente por los trayectos de otros pueblos y otras civilizaciones. Historia también para saciar los rigores del largo y difícil camino de la ciencia, para recordar y comprender, para conocer y reconocer. En fin, Historia para deshacerse del pasado, para evitar su acción incontrolada sobre las generaciones que la ignoran, para sustraerse al destino previsto por el aforismo de Santayana, según el cual los pueblos que desconocen su historia están condenados a repetirla. Más allá de estas respuestas axiomáticas o de las razones del historiador, el hecho es que los pueblos voltean ansiosamente el pasado sólo en las épocas que parecen atentar contra ellos; la sabiduría histórica se impone a las colectividades como saber útil y necesario en épocas de sacudimientos y malos agüeros, de incertidumbre o cambio de destino...”.

Los autores aquí citados no pueden ser más enfáticos acerca de la utilidad de la Historia y, en especial, en momentos y situaciones como los de Chiapas, actualmente. Sin embargo, en este contexto, resulta de especial actualidad el ensayo del eminente antropólogo Guillermo Bonfil Batalla, titulado “Historias que no son todavía Historia”, en el que se refiere a la Historia de los

pueblos indios de México y nos dice: “En un sentido doble, las historias de los pueblos indios de México no son todavía Historia. No lo son, en primer lugar, porque están por escribirse; lo que hasta ahora se ha escrito sobre esas historias es ante todo un discurso del poder a partir de la visión del colonizador, para justificar su dominación y racionalizarla. No son todavía historias, en otro sentido, porque no son historias concluidas, ciclos terminados de pueblos que cumplieron su destino y ‘pasaron a la historia’, sino historias abiertas, en proceso, que reclaman un futuro propio”.

“¿Para qué es necesaria la Historia india de los pueblos indios?”

En tanto relación de agravios, la historia de los pueblos indios es sustento de reivindicaciones. Lo usual es encontrar, en cualquier minúsculo poblado indio, un legajo celosamente guardado que contiene los títulos primordiales y los mapas y planos antiguos que documentan la extensión de las tierras comunales ad-

judicadas por el rey de España, más la serie interminable de oficios que dan constancia de todas las gestiones encaminadas a recuperarlas. En la tradición oral se tiene memoria de los asentamientos anteriores, de las migraciones y de todas las instancias y pormenores del incesante proceso de despojo. De todo ello se echa mano una y otra vez para seguir argumentando y reclamando. Los archivos son fuente obligada para reforzar los argumentos; más que los historiadores, son los comuneros indios los usuarios más interesados y constantes de esos acervos documentales”.

“Finalmente, la Historia tiene para los pueblos indios el valor de un gran arsenal de experiencias de lucha acumuladas. Estas experiencias históricas, que han hecho posible la persistencia del grupo, permiten sustentar valores y formas de conducta que son considerados como ingredientes necesarios de la resistencia india. La historia de esa lucha resistencia ha probado, con sus éxitos y sus fracasos, cuáles son las

actitudes, acciones y estrategias ‘buenas’, en términos de los intereses del grupo, y cuáles las ‘malas’. En este sentido, la Historia es ejemplo guía para la acción, bien sea de manera directa y explícita, o más frecuentemente en forma indirecta, mediante la traducción de la experiencia histórica en datos que refuerzan o debilitan un determinado código normativo”.

“En términos más concretos y particulares, a la historia india de los pueblos indios se le reclaman respuestas a preguntas que están determinadas por las necesidades políticas actuales. Ante todo: un punto de vista indio, es decir, un compromiso de tomar como problema principal del quehacer histórico, la historia del pueblo indio. Es un cambio de óptica que permite hacer central lo que hasta ahora ha sido excéntrico y marginal; importa asumir al pueblo indio como la entidad historiable y echar mano de las otras historias (las historias de ‘los otros’, los no indios) en tanto sean pertinentes para ayudar a explicar la Historia india”.